

Alain Finkielkraut

# La posliteratura

Traducido del francés por  
Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez Paños

Alianza Editorial

Título original: *L'après littérature*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Stock, 2021

© de la traducción: Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-107-6

Depósito legal: M. 25.155-2022

*Printed in Spain*

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A Benjamin Olivennes*



## Índice

Prólogo.....	11
I. El triunfo de tía Céline.....	13
II. Las terribles simplificadoras .....	25
Philip Roth descubre el #MeToo .....	27
Las mujeres no hablan con una única voz.....	35
Cromos por clichés.....	41
La ceremonia del odio .....	45
La vergüenza final.....	51
La paja y la viga.....	55
Revolución cultural .....	61
Philip Roth: el partido de las palabras.....	67
III. La hora de los sonámbulos .....	77
IV. El finiquito del viejo mundo .....	93
Desempolvado.....	95
Un héroe de nuestro tiempo .....	99
El antielitismo de la élite .....	103
El imperio de lo feo.....	107
La izquierditud.....	111

El año 1968.....	115
El tiempo pasado de los Tiempos Modernos.....	121
El suicidio de Notre-Dame.....	129
Claqueta final.....	133
V. Cuando ya no se ama la belleza .....	137
Una ecología ciega.....	139
Los falsos amigos de los animales.....	149
VI. El olvido de lo trágico .....	155
La filosofía de la novela.....	157
La novela de la filosofía.....	163
VII. Momentos kunderianos .....	169
1.....	171
2.....	173
3.....	177
4.....	179
5.....	181
La última batalla.....	183
Bibliografía consultada .....	187

## *Prólogo*

Si alguien me hubiera vaticinado tiempo atrás que llegaría el día en que tendría que pronunciar en la Academia, con toda pompa, el discurso anual sobre la virtud, la idea me habría parecido incongruente, hasta ofensiva, y, encogiéndome de hombros, habría contestado, añadiendo incluso una pizca de ironía o de malicia, que lo edificante no es mi fuerte. Ni se me pasa por la cabeza terminar como un viejo sabio severo o indulgente. Nunca sería un abuelo cascarrabias (a pesar de las apariencias) ni el bendecidor travieso del mundo que viene. Y no quería sermonear a un público cautivo, como tampoco quería deslizarme de la homilía hacia la chanza.

De modo que estaba perfectamente decidido, después de que me eligieron, a escabullirme y evitar, año tras año, ese trozo de elocuencia artificial, convencional y —permítaseme, puesto que la palabra está en el diccionario de la Academia— carroza.

Cambié de opinión, vencí mis reticencias y superé mi ansiedad cuando di por casualidad con un fragmento cómico y profundo, como ocurre a menudo con Proust, en *Por el camino de Swann*. Con ocasión de una cena en Combray en la casa familiar del narrador, tía Céline, personaje de segunda fila en *En busca del*

*tiempo perdido*, manifiesta una sensibilidad y enarbola una virtud, llamadas ambas a un gran porvenir. Lo que dice la solterona ya anticuada en su época es sorprendentemente premonitorio. Tía Céline gobierna nuestro mundo, ordena nuestros rechazos y nuestros entusiasmos, y es muy probable que los siglos futuros acrecienten su reinado. De modo que merecía —con absoluta prioridad— un discurso y hasta un libro. Aquí están.

I  
El triunfo de tía Céline



En mitad de aquella cena, pues, Swann —es su primera aparición en la novela— siente de pronto el deseo de compartir un placer de lectura con sus anfitriones. Cita el pasaje de las *Memorias* de Saint-Simon en el que este cuenta que Maulévrier, embajador del Reino de Francia en España, había tenido el atrevimiento de darles la mano a sus hijos: «Ya sabe usted —puntualiza Swann— que de ese Maulevrier es de quien se dice: “Nunca vi en esa botella ordinaria más que mal humor, grosería y estupideces”». Y Swann cita entonces la frase exacta de Saint-Simon: “Yo no sé si fue por ignorancia o por añagaza por lo que quiso dar la mano a mis hijos. Lo noté lo bastante a tiempo para impedirselo”. “Mi abuelo —escribe Proust— ya se estaba extasiando ante la locución; pero la señorita Céline [la tía abuela del narrador], en cuya persona el nombre de Saint-Simon —un literato— había impedido la anestesia total de las facultades auditivas, se indignó: “¿Cómo? ¿Y admira usted eso? Pues sí que tiene gracia. ¿Qué quiere decir eso? ¿Es que un hombre no vale lo mismo que otro? ¿Qué más da que sea duque o cochero si es listo y bueno? Buena manera tenía de educar a sus hijos su Saint-Simon de usted, si no los enseñaba a

dar la mano a todas las personas honradas. Es sencillamente odioso. Y se atreve usted a citar eso”. Y mi abuelo, afligido, y comprendiendo ante esta obstrucción la imposibilidad de intentar que Swann le contara aquellas anécdotas que tanto le hubieran divertido, decía en voz baja a mamá: “Recuérdame ese verso que me enseñaste y que me consuela tanto en estos momentos. Ah, sí: ‘Señor, cuántas virtudes nos has hecho tú odiosas’. ¡Qué bien está eso!”».

La tía abuela, fuera de sí, y curiosamente el propio Swann caen en un contrasentido con la frase de Saint-Simon: «dar la mano» no quiere decir, en este caso, «tender la mano», sino, como viene a recordar Daria Galateria en su maravilloso abecedario sobre la etiqueta en la corte de Versalles, ‘ceder el paso ante una puerta, dejarle la derecha a la persona y acompañarla hasta el pie de la escalera exterior’. Entre dos señores de igual rango, el que recibía le cedía la derecha al huésped: eso era «dar la mano». Lo que escandaliza a Saint-Simon, muy intransigente con las precedencias, como se sabe, es ver que el patán de Maulévrier concedía a sus hijos un privilegio que les estaba reservado a él y a su esposa.

El error es manifiesto, pero no por ello se da un auténtico malentendido: tía Céline no habría sido más indulgente con Saint-Simon si la infracción del protocolo que Maulévrier se disponía a cometer se le hubiera aparecido con toda claridad. Porque precisamente ese protocolo maniáticamente jerárquico, esa locura de la clasificación y de la compartimentación de los seres era lo que a ella le parecía detestable. La cuestión obsesiva de las *Memorias*, maravillosamente resumida por Jean d’Ormesson: «¿Quién pasa primero y quién se sienta sobre qué?», es lo que le parecía indigno. Y seguiría sin haber comprendido que se pudiera saborear impunemente

el hallazgo de la palabra «añagaza», que designaba literalmente la red utilizada para atrapar la caza. En su ánimo no existía el placer de la forma. Que un escritor siga encantándonos cuando ya la sustancia de sus obras se nos ha hecho extraña: eso es lo que era para ella propiamente inconcebible. Semejante milagro no podía tener lugar, porque el estilo no importaba, solo el sentido tenía sentido. Ninguna otra cosa se daba a entender en un texto salvo el mensaje. De ahí la frustración del abuelo y el verso que cita, no muy exactamente, para encontrar algo de consuelo.

El verso aparece en *La mort de Pompée* ('La muerte de Pompeyo')<sup>1</sup>, de Corneille. Para complacer a César, Ptolomeo, rey de Egipto, mandó ejecutar a Pompeyo, que se había refugiado en las costas egipcias. Pero César se siente avergonzado al ver cumplido su deseo de ese modo. Desprecia la parte de él que sale ganando con aquello. Esa situación satisfactoria no se corresponde con la idea que quiere tener de sí mismo. «¿Pero qué derecho tenáis sobre esa ilustre vida?», le lanza al rey demasiado entusiasta. Y va a ver a Cornelia, la viuda de Pompeyo. A pesar de estar prisionera, esta se niega a rendirle homenaje. «Nada me sonroja, salvo la vergüenza de vivir», le dice, desesperada y magnífica. César, lleno de admiración ante esa mujer que le planta cara, ordena su liberación y «que sea honrada de inmediato, pero cual dama romana / es decir, un poco más de lo que se honra a una reina». A Cornelia, tomada por sorpresa, le sale el grito del corazón: «¡Oh, cielo! ¡Cuántas virtudes me haces odiar!». Debe mostrarse firme frente a la magnanimidad de su vencedor para seguir siendo fiel a su marido muerto.

---

<sup>1</sup> Damos entre paréntesis la traducción del título de la obra cuando no aparece como publicada en español en el ISBN. (*N. de los TT.*)

No hay nada de eso, evidentemente, en el abuelo abrumado. La virtud que este, con impotencia, ve desplegarse en el comedor de Combray no es la magnanimidad; tampoco es la austeridad o el respeto a la decencia. Tía Céline, solterona, no se muestra en este caso mojigata. No recoge en su favor el argumentario memorable del fiscal Ernest Pinard contra *Madame Bovary* y contra *Las flores del mal*. No piensa que Saint-Simon sea licencioso. No dice que «el color general del autor es el color lascivo». No pone en tela de juicio su «realismo tosco y ofensivo al pudor». Y se guarda de asignar a la literatura la misión de «adornar y recrear el espíritu elevando la inteligencia y depurando las costumbres». A tía Céline, ni César ni Pinard, ni aristócrata ni, en este caso concreto, burguesa, la mueve el sentimiento de humanidad. Ninguna diferencia de rango, de raza o de sexo se resiste a su instinto democrático. En toda otra persona —noble o plebeya, lejana tanto como familiar— lo primero que ve es un semejante. De modo que el despiece de la continuidad humana en capas la saca de sus casillas.

Conque no nos equivoquemos: bajo su fachada espectacularmente anacrónica, tía Céline es eminentemente actual. Nada más contemporáneo que sus palabras intempestivas. En el relato de Proust parece un tanto ridícula. Pero, por desgracia, quien ríe el último ríe mejor. La posteridad, con los humoristas a la cabeza, ha preferido la sensibilidad de tía Céline frente a la sutileza de Swann. Nuestro tiempo, deslastrado de la sabiduría de los Antiguos, la única ley que reconoce es su impulso compasional. La humanidad, religión de la salida del cristianismo, ocupa ahora en solitario el espacio que antes compartían las virtudes cardinales y las virtudes teologales. La fortaleza, la justicia, la prudencia, la templanza, la fe, la esperanza y la caridad encuentran su cumplimiento fiel en la emoción de tía Céline. La ajada señorita, cuya sordera podría ha-

cerla parecer senil, encarna la modernidad de corazón ardiente. El rapapolvo que le echó a Swann al mismo tiempo que a Saint-Simon es la matriz de todas nuestras diatribas. Vivimos, para lo bueno y para lo malo, bajo el reinado de tía Céline.

Echemos una mirada a nuestro alrededor. Los festivales culturales que constituyen el encanto inigualable de los veranos europeos son todos a su imagen y semejanza. El espíritu de tía Céline planea sobre la mayoría de las puestas en escena de teatro o de ópera. Ya sea *Dido y Eneas* de Purcell o la *Odisea* de Homero, el argumentario siempre es el mismo: vencer la exclusión, celebrar la hospitalidad, borrar las fronteras, derribar los muros de la fortaleza. Ya no hay fábula que no encierre una lección, ya no hay creador al que no se transforme en predicador. Se hace decir a poetas y compositores sin defensa alguna que tenemos un deber de fraternidad con los migrantes y que faltar a ello es volver a la barbarie. Los innumerables descendientes que el trauma hitleriano le ha dado a tía Céline no buscan ni en Proust ni en James ni en Flaubert ni en Purcell ni en Wagner ni en Rembrandt o en Goya «la verdadera vida por fin descubierta y esclarecida», porque no necesitan apartarse del camino para alcanzar la verdad, están convencidos de que la detentan. Lo que le piden al arte es que illustre esa verdad previa, que la ponga en evidencia y, para levantar un dique ante las malas inclinaciones que se han dado rienda suelta en los tiempos sombríos del siglo xx, que nos llame incesantemente al orden de lo semejante.

De igual modo, los museos están hoy definidos por su gran Consejo Internacional<sup>1</sup> como «lugares de democratización inclu-

---

<sup>1</sup> El Consejo Internacional de Museos (ICOM) decidió en 2016 que una nueva definición del museo era necesaria. En 2019, el grupo de trabajo

sivos». Tales establecimientos públicos, depositarios no de obras maestras, cosa que reintroduciría la noción funesta de superioridad, sino «de artefactos y de especímenes para la sociedad», pretenden «contribuir a la dignidad humana y a la justicia social, a la igualdad mundial y al bienestar planetario». Los nuevos escritores, apunta con satisfacción Alexandre Gefen, director de investigación del CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia), «practican una política democrática, cuando no “comunista”, de preocupación universal por el otro». Como afirma sin rodeos Édouard Louis, el novelista francés cuyas traducciones adornan todos los escaparates de las escasas librerías estadounidenses que han sobrevivido a Amazon: «Si no se escribe contra el racismo, de nada sirve escribir». Y ese mismo imperativo se aplica, con idéntico rigor, a los autores que forman parte del patrimonio: los irrecuperables son deconstruidos; los otros se enrolan en la campaña apoteósica en favor del reconocimiento del hombre por el hombre o más bien, y para ajustar definitivamente la lengua a la hora universal, *del ser humano por el ser humano*.

Un nuevo orden moral, prescrito por la vigilancia y no por el decoro, propagado por los artistas y no por los filisteos, se ha abatido sobre la vida del espíritu. Su bandera es la humanidad. Su

---

dirigido por Jette Sandahl aprobó la que el autor refiere en el texto, y que reza así: «Los museos son lugares de democratización inclusivos y polifónicos para el diálogo crítico sobre los pasados y los futuros. Reconociendo y abordando los conflictos y desafíos del presente, conservan artefactos y especímenes para la sociedad [...], pretendiendo contribuir a la dignidad humana y a la justicia social, a la igualdad mundial y al bienestar planetario». Sin embargo, el texto generó tal debate entre los miembros del Consejo que, finalmente, una nueva definición fue adoptada en 2022. (*N. de la E.*)

enemigo es la jerarquía. Arruina en la escuela la autoridad del maestro (la propia palabra «maestro», además, ha desaparecido). Para dejar de favorecer a los favorecidos y luchar eficazmente contra el orden establecido, deroga la distinción entre cultura e incultura, proclamando por la fe de los sociólogos, sus expertos habituales, que *todo es cultural*. El buen uso de la lengua, según ese nuevo orden moral, es una cuestión de *glotofobia* (es decir, de odio al habla de los barrios populares). Practica asiduamente la escritura inclusiva para dar a las mujeres y a las personas no binarias, tanto en las palabras como en la vida, el lugar que merecen. Si escribimos en el ordenador la frase de Salman Rushdie: «Algo nuevo está produciéndose, el ascenso de una nueva intolerancia. Se extendía por la superficie de la tierra, pero nadie quería reconocerlo. Se había inventado una palabra nueva para permitir que los ciegos siguieran siendo ciegos: islamofobia», el lector oculto en la máquina lo lee y —con toda benevolencia— hasta nos ruega encarecidamente que sustituyamos la palabra estigmatizada de «ciegos» por «personas deficientes visuales»: «Se había inventado una palabra nueva para permitir que personas deficientes visuales siguieran siendo visualmente deficientes». Si, en un artículo, nos aventuramos a denunciar la corrupción citando a *Ruy Blas*: «¡Buen provecho, señores!», un corrector bien adiestrado tiene encomendada la misión de sustituir semejante exclamación machista por una expresión más conveniente, es decir igualitaria: «¡Buen provecho, señoras y señores!»; o, mejor todavía puesto que también existe *ni lo uno ni lo otro*, cuyo principio de inclusión nos conmina a tenerlo en cuenta: «¡Buen provecho a todo el mundo!».

Ese mismo desfacedor de entuertos consigue que Carmen mate a Don José. Bajo su égida, la Bella Durmiente del bosque ya no se despierta gracias a un beso no consentido. Retira del reper-

torio del teatro de la Ópera *El lago de los cisnes* —que a muchos de nosotros, jóvenes y no tan jóvenes, nos ha proporcionado nuestra primera gran emoción musical— porque, movilizado día y noche contra los prejuicios y las discriminaciones, no podría tolerar por más tiempo una intriga en la que el personaje maléfico es un ave de color negro. Desde luego, no entraría a censurar una adaptación cinematográfica de *La religiosa*<sup>1</sup>, como hizo, presionado por medios católicos, el poder gaullista en los años 1960; pero donde sigue permitiendo que tenga lugar una exposición de Gauguin, pone especial cuidado en prevenir al público ya desde la entrada: «En varias ocasiones, Gauguin mantuvo relaciones sexuales con muchachas jóvenes. [...] Se aprovechó de su estatus privilegiado de occidental para disfrutar de la libertad sexual que se le presentaba».

Artes plásticas, literatura, teatro, danza, ópera, cine, filosofía, religión: todo eso ha pasado a ser ya defensa de la buena causa. Las obras humanas solo se evalúan a la luz de la humanidad, es decir, de la igual dignidad de las personas. Ninguna pista puede descuidarse, ninguna pena evitarse, cuando se trata de abrir las mentes y los corazones. Nuevo orden moral que, al estimar que Philip Roth y Milan Kundera son demasiado sexistas para merecer el premio Nobel, y retirar *Lolita* de Nabokov de todos los programas universitarios, alardea de no seguir concediendo prebendas y de sancionar los daños causados como fantasmas de los últimos representantes del sistema patriarcal. Ya no es el *ideal ascético* lo que inspira sus anatemas y su empresa de reeducación, es, según el modelo de tía Céline, el *ideal igualitario*. Se resiste, además, a utilizar la palabra «virtud» porque está absolutamente

---

<sup>1</sup> *La religieuse*, dirigida por Jacques Rivette en 1967. (N. de los TT.)

determinado a desmarcarse de la guerra contra la libido llevada a cabo bajo su estandarte, desde los Padres de la Iglesia hasta la burguesía victoriana. Nada le es más ajeno que el dualismo metafísico del alma y del cuerpo. No quiere liberar a los seres humanos de las garras del deseo, sino al propio deseo de la voluntad de poder. Tiene cosas más importantes que hacer que ocuparse de la lujuria. Su objetivo es el dominante, no el descarriado. No condena el pecado de la carne, rebusca la desigualdad hasta en el secreto de las alcobas. No es la concupiscencia como tal lo que desea poner fuera de la ley al censurar a Balthus, el pintor de muchachas muy jóvenes languideciendo en una húmeda expectativa, es la influencia dominante de un adulto manipulador sobre modelos apenas salidas de la infancia.

Ese orden moral, dicho de otro modo, no es ni reaccionario ni siquiera conservador. Lejos de temblar por lo que existe, no ha dejado de cambiar las cosas. Despojado de la más mínima nostalgia por los viejos tiempos, liquida alegremente los arcaísmos y aparta con saña los obstáculos a la marcha de la Historia; es decir, según puso de relieve Tocqueville, a la igualación progresiva de las condiciones. No debe verse, por lo tanto, como un código de conducta grabado en mármol, sino como una revolución permanente de la sociabilidad. No se trata de la fijación en algunas reglas intangibles, es la dinámica misma de la democracia. No es una forma que encierra, es una fuerza en marcha, que no deja nada en pie, que solo admira su propio movimiento, que se anexiona el pasado con el pretexto de «desenpolvar», que sumerge el arte en el no arte, que nivela la lengua y que hace estragos en las relaciones interpersonales para purificarlas de toda suerte de alienación. Como no esquivo ningún campo de la existencia, su devoradora pasión democrática limpia nuestra civilización de todo cuanto le daba valor; y cuando

la intolerancia de la que habla Rushdie desafía a esa civilización, el nuevo orden moral la acusa de haber ahondado las desigualdades. Por el hecho mismo de sus prácticas discriminatorias, es la responsable del odio que suscita y de los ataques que se le lanzan. Si tanta gente está mortalmente resentida contra ella, hasta dentro de sus propias fronteras, solo puede achacárselo a sí misma. La violencia de la que es objeto procede de su esencia criminal. La religión de la humanidad no le exige que se defienda, sino que se confiese, que admita todas sus faltas e inicie así la larga senda de la redención. «Ninguna civilización cede a una agresión exterior si no ha desarrollado antes un mal que la corroía desde dentro», escribía Polibio. Mal que es hoy tanto más temible cuanto que se presenta como la culminación del Bien.

¡Oh, cielos! ¡Cuánto nos hacéis odiar la igualdad cuando su imperio es sin límites, cuando no tiene ya exterior, contrapeso ni tope! Y triunfa, entonces, con tía Céline, el *nihilismo compasivo*. Y no cabe contentarse, frente a esa enorme devastación filantrópica, con suspirar, como el abuelo del narrador de *En busca del tiempo perdido*, esperando días mejores. Porque no habrá días mejores, salvo que nos plantemos firmemente en tierra y encontremos en nosotros el recurso, es decir la *virtud*, de resistir al sentido de la Historia. La tarea es urgente y, como veremos en las páginas que siguen, las probabilidades de éxito son escasas.

## II

# Las terribles simplificadoras